

DOCUMENTOS FORMATIVOS

El Partido Comunista y nuestro trabajo militante

**Comité de Madrid
del Partido Comunista de España (marxista-leninista)
Noviembre 2023**

Ediciones ★
Octubre
Partido Comunista de España (marxista-leninista)



Ediciones ★
Octubre
Partido Comunista de España (marxista-leninista)

Ediciones Octubre
Enero 2024
Comité de Redacción
del Partido Comunista de España (marxista-leninista)

DOCUMENTOS FORMATIVOS

El Partido Comunista

y nuestro trabajo militante

Comité de Madrid
del Partido Comunista de España (marxista-leninista)

Noviembre 2023





índice

I. Los partidos políticos y el proletariado	7
II. De Marx a Lenin	11
III. El marxismo leninismo	15
IV. Nuestro Partido	19
1. Historia del Partido Comunista de España (marxista-leninista)	19
2. Organización y tareas del Partido	20
3. La disciplina	23
4. La lucha ideológica	27
5. La lucha interna	29
6. Nuestra organización	30
7. Línea política, programa y estatutos	32
8. Conclusión	34



I. Los partidos políticos y el proletariado

Podemos definir un partido político como un grupo organizado y estable que busca, a través del ejercicio directo o la influencia sobre el poder (político, militar, religioso, económico...), beneficios para dicho grupo. En ese sentido, se puede decir que han existido «partidos políticos» prácticamente a lo largo de toda la historia de la humanidad, si bien la mayor parte del tiempo eran algo más parecido a los actuales «lobbies» que a los partidos políticos parlamentarios.

Los partidos políticos modernos nacen con las nuevas instituciones políticas creadas en las revoluciones burguesas del siglo XVIII y XIX, como instrumentos de la representación política nacional, siguiendo la doctrina ilustrada, y ya presentan características actuales: estructura permanente, programa ideológico, líderes carismáticos, etc. Además, al no ser una clase homogénea, los partidos políticos de la burguesía aparecen divididos en distintas facciones más o menos especializadas; monárquicos, republicanos, terratenientes, industriales, importadores, exportadores...

Aunque hoy la burguesía sea una clase social extremadamente conservadora, incluso reaccionaria, en las primeras etapas de su hegemonía política fue una clase radicalmente revolucionaria. Revolucionó las condiciones de producción, las instituciones y las creencias heredadas del viejo mundo feudal para desarrollar plenamente el modo de producción capitalista. En esa revolución del modo de producción es donde arranca el camino del movimiento obrero organizado. Al destruir sistemáticamente el viejo sistema económico, fundamentalmente agrario y artesanal, para sustituirlo primero por la manufactura y después por la producción industrial, la burguesía impulsó la agrupación y la colaboración de enormes cantidades de trabajadores al servicio de unos pocos capitalistas, de los que dependen totalmente para obtener su sustento en forma de salario. Esta colaboración forzosa concentra también cada resistencia y cada queja de los trabajadores individuales contra el capitalista que los domina, creando un clima general de solidaridad, fraternidad y unidad de clase entre ellos.

Esta incipiente conciencia se extiende entre el proletariado de una fábrica a otra y de una rama de la producción a otra en virtud de la uniformidad del modo de producción capitalista y sus problemas. Este es el primer movimiento obrero, mal organizado e impulsivo, enfocado principalmente a defenderse de los abusos laborales de tal o cual capitalista concreto. Un movimiento de carácter sindical más que político.

«Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política» (Manifiesto Comunista)

La transformación de la masa de trabajadores individuales agrupados a la fuerza por el capitalista en clase social unida implica un salto cualitativo fundamental. Como clase, el proletariado empieza a analizar su propia existencia; el origen de su situación, sus problemas específicos, su relación con la burguesía... Comienza así a perfilar una ideología propia e independiente de la burguesía.

Esa identidad propia es el resultado de una elevación paulatina de la conciencia del trabajador. Primero, el trabajador individual alcanza a comprender la situación de sus compañeros de trabajo, de su propia fábrica; más tarde, comprende la situación de los trabajadores de toda su rama de producción, y desde ahí es capaz de elevar su conciencia para comprender la de todos los trabajadores de la región, todo el país y, por último, llega a comprender las características comunes que unen a toda la clase trabajadora del mundo entero. Es el propio capitalismo, con su tendencia a la unificación de procesos y métodos de trabajo, el que permite esta elevación de la conciencia de clase hasta constituir el programa de los trabajadores revolucionarios, de los comunistas.

«Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario» (Manifiesto Comunista)

A partir de esta identidad e ideología propias, el proletariado es capaz de planificar su actividad política en el marco de la dictadura burguesa. Primero desde el exterior, mediante huelgas y como grupos de presión y fuerzas auxiliares en las luchas de la propia burguesía entre sí; más tarde, presentando ya sus propias demandas y exigiendo reformas que permitan su participación directa en las instituciones.

«La revolución industrial había creado una clase de grandes fabricantes capitalistas, pero había creado también otra, mucho más numerosa, de obreros fabriles. Esta clase crecía constantemente en número, a medida que la revolución industrial se iba adueñando de una rama industrial tras otra. Y con

su número, crecía también su fuerza, que se demostró ya en 1824, cuando obligó al parlamento a derogar a regañadientes las leyes contra la libertad de coalición. Durante la campaña de agitación por la reforma electoral, los obreros formaban el ala radical del partido de la reforma; y cuando la ley de 1832 los privó del derecho de sufragio, sintetizaron sus reivindicaciones en la Carta del Pueblo (People's Charter de 1838) y se constituyeron, en oposición al gran partido burgués que combatía las leyes cerealistas, en un partido independiente, el partido cartista, que fue el primer partido obrero de nuestro tiempo.

A continuación, vinieron las revoluciones continentales de febrero y marzo de 1848, en las que los obreros desempeñaron un papel tan importante y en las que plantearon, por lo menos en París, reivindicaciones que eran resueltamente inadmisibles, desde el punto de vista de la sociedad capitalista. Y luego sobrevino la reacción general. Primero, la derrota de los cartistas del 10 de abril de 1848; después, el aplastamiento de la insurrección obrera de París, en junio del mismo año; más tarde, los descalabros de 1849 en Italia, Hungría y el Sur de Alemania; y, por último, el triunfo de Luis Bonaparte sobre París, el 2 de diciembre de 1851" (Del socialismo utópico al socialismo científico. F. Engels)





II. De Marx a Lenin

Al mismo tiempo que el proletariado europeo estaba siendo derrotado por la burguesía (a la que había servido de carne de cañón en las revoluciones de 1848 contra el absolutismo), se estaba produciendo otro combate, de carácter teórico, en el seno del propio movimiento proletario. De un lado, los viejos socialistas seguidores de las ideas ilustradas del siglo XVIII de fraternidad, igualdad y legalidad universales, de raíz filosófica francesa y encarnadas en las revoluciones burguesas del XVIII, y del otro lado los nuevos socialistas, de raíz alemana, que planteaban una nueva filosofía, al servicio de la clase obrera. Estos últimos estaban encabezados por Karl Marx y Friedrich Engels, que planteaban la ruptura ideológica total respecto a la burguesía, incluyendo los vínculos filosóficos que inspiraban sus actos.

Obras como *Tesis sobre Feuerbach* (Marx, 1845), *La ideología alemana* (Marx, Engels, 1846) o *La miseria de la filosofía* (Marx, 1847) tenían por objetivo criticar hasta la raíz los dogmas filosóficos sobre los que se había inspirado la actividad de los socialistas hasta entonces, empezando por Hegel, a quien el propio Marx había seguido en sus comienzos. El resultado de esos trabajos es el materialismo dialéctico como respuesta filosófica a esas críticas, y el materialismo histórico como aplicación de la misma a la interpretación de la historia. En conjunto, estas herramientas teóricas permitieron desarrollar un socialismo científico, no idealista, que queda ya perfilado en el citado *Manifiesto del partido comunista* (1848), y que pretendía ser la carta de presentación mundial de la nueva orientación del movimiento socialista.

Esta nueva orientación llegaba precisamente en la resaca de la «Primavera de los pueblos» de 1848; la serie de revoluciones burguesas en las que el proletariado había servido de fuerza de choque para los combates contra el absolutismo y que se habían saldado, como explicaba Engels arriba, con la derrota generalizada de los intereses de la clase obrera. A raíz de esa dura experiencia, el proletariado se organiza en la primera Asociación Internacional de los Trabajadores, o Primera Internacional, (1864) y rompe definitivamente la tutela ideológica y política de la burguesía.

Los debates en el seno de la Primera Internacional entre anarquistas encabezados por Bakunin y comunistas liderados por Marx, dan lugar a otra ruptura ideológica definitiva. Con ella, el comunismo se independiza de sus viejas alianzas a derecha e izquierda, conquista un espacio político propio, y está en disposición de poner en práctica sus tesis.

El punto de inflexión de este cambio de paradigma ideológico se produjo en 1871 cuando la Tercera República Francesa, proclamada inmediatamente después de la derrota militar del Segundo Imperio Francés contra Alemania (Marx realizó un detallado análisis del ascenso de Luis Napoleón Bonaparte de Presidente a Emperador de Francia en su obra «*El 18 brumario de Luis Bonaparte*») comienza a negociar las indemnizaciones económicas a Alemania por la guerra, que debían sufragarse mediante impuestos, recortes presupuestarios y ejecución de deudas atrasadas. En esas circunstancias, la Guardia Nacional, la milicia ciudadana que había resistido el

asedio alemán de París, señala a la propia burguesía francesa como culpable de la guerra y la crisis económica, negándose a entregar las armas de la milicia (compradas por subvención popular) al ejército nacional, llegando a sublevarse la Guardia Nacional con pleno apoyo popular, y la solidaridad de buena parte de las tropas regulares de París. El gobierno francés se vio obligado a abandonar la capital y refugiarse en Versalles, y en París la milicia estableció un «Consejo Comunal» formado por trabajadores, comerciantes, funcionarios y políticos de todas las tendencias de la izquierda.

Este gobierno popular se defendió del brutal asedio de su propio gobierno durante dos meses, mantuvo los servicios públicos en funcionamiento y, sobre todo, demostró con hechos que el proletariado era perfectamente capaz de organizar una revolución victoriosa, aunque la Comuna cayó el 28 de mayo de 1871 y sus defensores sufrieron una durísima represión (peor de la que habían sufrido los parisinos a manos de los invasores alemanes). Para Marx, aquella experiencia fue la prueba de fuego de que la teoría comunista de la Revolución armada y la dictadura del proletariado era la única capaz de conducir a los trabajadores hacia la emancipación.

«La Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición, el régimen comunal habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de la esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase. Emancipado el trabajo, todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase.

[...]. La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización. Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el 'irrealizable' comunismo!» (Karl Marx, Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia en 1871)

Una vez establecidas las bases del socialismo científico (el materialismo dialéctico y el materialismo histórico como herramientas para superar el capitalismo y establecer la dictadura del proletariado), deslindado los campos con el anarquismo y la burguesía, y demostrado con hechos que era posible un gobierno proletario, el movimiento comunista entra en la etapa de la socialdemocracia marxista, ya tras la muerte de Marx y en los últimos años de Engels. Durante esta etapa, muy influenciada por la derrota de la Comuna de París, gran parte de los partidos comunistas enfocan

su trabajo político a la reivindicación de los derechos y libertades del proletariado a través de reformas democráticas, allí donde el régimen político del país lo permite, o conspiran para organizar revoluciones democrático-burguesas en los países aún bajo dominio absolutista. La idea de fondo era que la democracia burguesa podría verse forzada a reconocer y proteger los intereses del proletariado sin necesidad de una gran revolución violenta en la que el proletariado pudiera sufrir nuevas derrotas.

Los partidos comunistas de este periodo basaban sus posiciones sobre análisis económicos, puesto que se daba por hecho que el capitalismo sufriría crisis económicas cada vez más profundas y repetitivas, hasta un colapso final. En preparación de este «derrumbe» inevitable, los comunistas debían haber logrado un desarrollo (económico, intelectual y político) de la clase obrera lo suficientemente amplio como para hacerse cargo de la nueva sociedad surgida de las ruinas del capitalismo. El alemán Eduard Bernstein fue el principal teórico de esta revisión del marxismo, mientras que su compatriota Karl Kautsky defendió en esta época las tesis antirrevisionistas (aunque, más tarde, abrazaría también el revisionismo).

En 1889 se crea la Segunda Internacional para coordinar la actividad de los distintos partidos socialistas, pero sin una dirección única ni reglamentos de obligado cumplimiento para sus miembros, sino más bien como una entidad para mantener el contacto y la información de los distintos países. Se alcanzaron algunos acuerdos internacionales importantes, como el establecimiento del 1º de Mayo como día internacional de los trabajadores, o el 8 de Marzo como Día Internacional de la Mujer Trabajadora, pero, en la práctica, las distintas situaciones nacionales de los partidos, así como la difícil combinación entre la teoría revolucionaria y la práctica reformista hacían casi imposible un trabajo político efectivo.

Este clima es el que imperaba en el movimiento comunista en los albores de la Primera Guerra Mundial (1914-18), lo que explica la diferencia de posiciones dentro de la II Internacional respecto a apoyar a los distintos gobiernos burgueses en la guerra. Los enfrentamientos entre las distintas posturas llevarán finalmente a la disolución de la Segunda Internacional en 1916 y al surgimiento de una nueva etapa para el comunismo mundial: el marxismo-leninismo.



III. El marxismo leninismo

Lenin tuvo el histórico papel de retomar los principios del materialismo dialéctico e histórico, entonces parcialmente abandonados, y aplicarlos a la situación del mundo a finales del siglo XIX y principios del XX. Así, estableció que el capitalismo había entrado en una nueva fase al completar su expansión y dominio a lo largo y ancho del planeta, lo que implicaba nuevos análisis y estrategias para el proletariado, por lo que ya no era posible utilizar los métodos y herramientas tradicionales del movimiento obrero, sino que era necesario crear otras nuevas, específicas para esta etapa histórica.

En lo que respecta al partido, Lenin señala que el viejo modelo orientado a la actividad parlamentaria ha dejado de ser útil; se necesita una organización capaz de organizar el derrocamiento de la burguesía de forma revolucionaria. Para ello, esta organización debe estar formada por los elementos más avanzados y comprometidos de la clase obrera (no es un partido de masas, aunque se oriente a las masas), nunca debe perder de vista el objetivo revolucionario (aunque para aproximarse a él deba maniobrar tácticamente), y domina la teoría revolucionaria como guía de acción. Stalin, en sus «*Fundamentos del leninismo*» enumera las características de este partido de nuevo tipo:

«El Partido tiene que ser, ante todo, el destacamento de vanguardia de la clase obrera. El Partido tiene que incorporar a sus filas a todos los mejores elementos de la clase obrera, assimilar su experiencia, su espíritu revolucionario, su devoción infinita a la causa del proletariado. Ahora bien, para ser un verdadero destacamento de vanguardia, el Partido tiene que estar pertrechado con una teoría revolucionaria, con el conocimiento de las leyes del movimiento, con el conocimiento de las leyes de la revolución. De otra manera, no puede dirigir la lucha del proletariado, no puede llevar al proletariado tras de sí. El Partido no puede ser un verdadero partido si se limita simplemente a registrar lo que siente y piensa la masa de la clase obrera, si se arrastra a la zaga del movimiento espontáneo de ésta, si no sabe vencer la inercia y la indiferencia política del movimiento espontáneo, si no sabe situarse por encima de los intereses momentáneos del proletariado, si no sabe elevar a las masas hasta la comprensión de los intereses de clase del proletariado. El Partido tiene que marchar al frente de la clase obrera, tiene que ver más lejos que la clase obrera, tiene que conducir tras de sí al proletariado y no arrastrarse a la zaga del movimiento espontáneo.»

[...] Las tareas del Partido en el capitalismo son extraordinariamente grandes y diversas. El Partido debe dirigir la lucha del proletariado en condiciones extraordinariamente difíciles de desarrollo interior y exterior; debe llevar al proletariado a la ofensiva cuando la situación exija la ofensiva; debe sustraer al proletariado de los golpes de un enemigo fuerte cuando la situación exija la retirada; debe inculcar en las masas de millones y millones de obreros sin-partido e inorganizados el espíritu de disciplina y el método en la lucha, el espíritu de organización y la firmeza. Pero el Partido no puede cumplir estas

tareas si él mismo no es la personificación de la disciplina y de la organización, si él mismo no es un destacamento organizado del proletariado. Sin estas condiciones, ni hablar se puede de que el Partido dirija verdaderamente a masas de millones y millones de proletarios.

El Partido es el destacamento organizado la clase obrera. Pero el Partido no es la única organización de la clase obrera. El proletariado cuenta con muchas otras organizaciones, sin las cuales no podría luchar con éxito contra el capital: sindicatos, cooperativas, organizaciones fabriles, minorías parlamentarias, organizaciones femeninas sin-partido, prensa, organizaciones culturales y educativas, uniones de la juventud, organizaciones revolucionarias de combate (durante las acciones revolucionarias abiertas), Soviets de Diputados como forma de organización del Estado (si el proletariado se halla en el Poder), etc. La inmensa mayoría de estas organizaciones son organizaciones sin-partido, y sólo unas cuantas están directamente vinculadas al Partido o son ramificaciones suyas. En determinadas circunstancias, todas estas organizaciones son absolutamente necesarias para la clase obrera. pues sin ellas no sería posible consolidar las posiciones de clase del proletariado en los diversos terrenos de la lucha, ni sería posible templar al proletariado como la fuerza llamada a sustituir el orden de cosas burgués por el orden de cosas socialista. [...] Esto no quiere decir, naturalmente, que las organizaciones sin-partido, los sindicatos, las cooperativas, etc., deban estar formalmente subordinadas a la dirección del Partido. Lo que hace falta es simplemente, que los miembros del Partido que integran estas organizaciones, en las que gozan de indudable influencia, empleen todos los medios de persuasión para que las organizaciones sin-partido se acerquen en el curso de su trabajo al Partido del proletariado y acepten voluntariamente la dirección política de éste.

[...] El Partido es el factor esencial de dirección en el seno de la clase de los proletarios y entre las organizaciones de esta clase. Pero de aquí no se desprende, ni mucho menos, que el Partido pueda ser considerado como un fin en sí, como una fuerza que se baste a sí misma. El Partido no sólo es la forma superior de unión de clase de los proletarios, sino que es, al mismo tiempo, un instrumento del proletariado para la conquista de su dictadura, cuando ésta no ha sido todavía conquistada, y para la consolidación y ampliación de la dictadura, cuando ya está conquistada. [...] El proletariado necesita del Partido para conquistar y mantener la dictadura. El Partido es un instrumento de la dictadura del proletariado. Pero de esto se deduce que, con la desaparición de las clases, con la extinción de la dictadura del proletariado, deberá desaparecer también el Partido.

[...] La conquista y el mantenimiento de la dictadura del proletariado son imposibles sin un partido fuerte por su cohesión y su disciplina férrea. Pero la disciplina férrea del Partido es inconcebible sin la unidad de voluntad, sin la unidad de acción, completa y absoluta, de todos los miembros del Partido. Esto no significa, naturalmente, que por ello quede excluida la posibilidad de una lucha de opiniones dentro del Partido. Al revés: la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la crítica y la lucha de opiniones dentro del Partido. Tampoco significa esto, con mayor razón, que la disciplina debe ser "ciega". Al contrario, la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la subordinación consciente y voluntaria, pues sólo una disciplina consciente puede ser una disciplina verdaderamente férrea. Pero, una vez terminada la

lucha de opiniones, agotada la crítica y adoptado un acuerdo, la unidad de voluntad y la unidad de acción de todos los miembros del Partido es condición indispensable sin la cual no se concibe ni un Partido unido ni una disciplina férrea dentro del Partido.

Pero de aquí se desprende que la existencia de fracciones es incompatible con la unidad del Partido y con su férrea disciplina. No creo que sea necesario demostrar que la existencia de fracciones lleva a la existencia de diversos organismos centrales y que la existencia de diversos organismos centrales significa la ausencia de un organismo central común en el Partido, el quebrantamiento de la unidad de voluntad, el debilitamiento y la descomposición de la disciplina, el debilitamiento y la descomposición de la dictadura.

[...] El Partido se fortalece depurándose de los elementos oportunistas. El fraccionalismo dentro del Partido nace de sus elementos oportunistas. El proletariado no es una clase cerrada. A él afluyen continuamente elementos de origen campesino, pequeñoburgués e intelectual, proletarizados por el desarrollo del capitalismo. Al mismo tiempo, en la cúspide del proletariado compuesta principalmente de funcionarios sindicales y parlamentarios cebados por la burguesía a expensas de los superbeneicios coloniales, se opera un proceso de descomposición. [...] Todos estos grupos pequeñoburgueses penetran de un modo o de otro en el Partido, llevando a éste el espíritu de vacilación y de oportunismo, el espíritu de desmoralización y de incertidumbre. Son ellos, principalmente, quienes constituyen la fuente del fraccionalismo y de la disgregación, la fuente de la desorganización y de la labor de destrucción del Partido desde dentro. Hacer la guerra al imperialismo teniendo en la retaguardia tales "aliados", es verse en la situación de gente que se halla entre dos fuegos, tiroteada por el frente y por la retaguardia. Por eso, la lucha implacable contra estos elementos, su expulsión del Partido es la condición previa para luchar con éxito contra el imperialismo» (Stalin. Fundamentos del leninismo. 1924)

Esta es la herramienta que Lenin diseña para organizar y dirigir la revolución socialista contra la burguesía y sus aliados. Pero además, el Partido debe funcionar de forma propia, distinta a la de otras organizaciones oportunistas o reformistas, es decir, con un *método leninista* de trabajo que se resume en desechar la idea de que la teoría revolucionaria es un dogma rígido e inalterable, y en aplicar esa teoría revolucionaria de forma flexible, pegada a la práctica cotidiana junto a las masas (masas mayoritariamente desorganizadas y desorientadas ideológicamente), para hacerles llegar la parte esencial de la teoría revolucionaria de tal forma que la asuman como propia. Para lograr esto es necesario combinar un conocimiento profundo de la teoría revolucionaria y un contacto estrecho con las masas de tal forma que podamos «traducir» la teoría en práctica de forma natural, elevando el nivel de conciencia de las masas paulatinamente, de forma natural, sin forzarlo. Lenin señalaba constantemente la importancia de guiar a las masas mediante hechos «sencillos» en lugar de la verborrea teórica y las frases pomposas, puesto que en una época de gran dispersión teórica es imprescindible el trabajo de aclarar la teoría que deberá guiar a la acción práctica y no al revés. «Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario»

Frente a la opinión de que el número de personas aptas para el traba-

jo revolucionario es «extremadamente reducido», Lenin señala, por el contrario, que hay infinidad de personas descontentas, en todas las capas de la sociedad, que desean protestar y cooperar contra el régimen. El problema está en la carencia de dirigentes capaces de realizar un trabajo amplio pero organizado que permita aprovechar todas las fuerzas, hasta las más pequeñas. La amplitud y especialización de las tareas de agitación revolucionaria permiten incorporar apoyos muy diversos, sin vinculación real con el partido, que multiplican los efectos de nuestra dirección que, esta sí, recae sobre un pequeño grupo de revolucionarios profesionales. Pero esto debe ir acompañado por la tarea constante de elevar a los obreros al nivel de los revolucionarios y no descender los revolucionarios al nivel de los obreros rezagados.

Para esta tarea de agitación el Partido se dota de organizaciones auxiliares en las que trabajan nuestros revolucionarios profesionales codo con codo con las masas. Cuanto más amplia sea esa actividad, mayor amplitud tendrá nuestra agitación, sin olvidar que no es imprescindible convertir en militante a todo aquel que se acerca a nuestras posiciones, sino solo a quienes demuestran su capacidad como dirigentes revolucionarios.

«Cuanto más fuertes sean nuestras organizaciones del Partido, integradas por socialdemócratas efectivos, cuanta menos vacilación e inestabilidad haya dentro del Partido, tanto más amplia y polifacética, tanto más rica y fructuosa será la influencia del Partido sobre los elementos de las masas obreras que le rodean y que él dirige. Porque no se puede, en verdad, confundir al Partido como destacamento de vanguardia de la clase obrera con toda la clase.»

[...] Nosotros somos el Partido de la clase, y, por ello, casi toda la clase (y en tiempo de guerra, en época de guerra civil, la clase entera) debe actuar bajo la dirección de nuestro Partido, debe tener con nuestro Partido la ligazón más estrecha posible; pero sería manilovismo [charlatanería vacía] y “seguidismo” creer que casi toda la clase o la clase entera pueda algún día, bajo el capitalismo, elevarse hasta el punto de alcanzar el grado de conciencia y de actividad de su destacamento de vanguardia, de su Partido socialdemócrata.

Ningún socialdemócrata juicioso ha puesto nunca en duda que, bajo el capitalismo, ni aun la organización sindical (más rudimentaria, más asequible al grado de conciencia de las capas menos desarrolladas) esté en condiciones de englobar a toda o casi toda la clase obrera. Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y toda la masa que gravita hacia él, olvidar el deber constante que tiene el destacamento de vanguardia de elevar a capas cada vez más amplias a su avanzado nivel, sería únicamente engañarse a sí mismo, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas, restringir nuestras tareas» (Lenin, “Un paso adelante, dos pasos atrás” 1904)

IV. Nuestro Partido

1. Historia del Partido Comunista de España (marxista-leninista)

(NOTA: Este epígrafe solo es un brevísimo resumen de la larga historia de nuestro partido, extraído principalmente de nuestra Línea Política aprobada en el IX Congreso. Para un conocimiento más detallado de nuestra historia, de la creación y evolución del Partido, se recomienda la obra «*Ráfagas y retazos del PCE (m-l) y el FRAP*» del camarada Raúl Marco)

El conjunto de la dirección del Partido Comunista de España no realizó un profundo análisis crítico y autocrítico de las causas de la derrota en la guerra civil; por el contrario, las tendencias derechistas y revisionistas que se habían manifestado ya entonces, cristalizaron y se implantaron en la dirección del Partido (para más detalle, consultar nuestro análisis «*La guerra nacional-revolucionaria del pueblo español contra el fascismo*»). En 1956, tras el abandono y liquidación de la lucha armada de las guerrillas y en medio de un proceso de eliminación de cuadros y militantes, con motivo del V Congreso, la camarilla revisionista impuso al conjunto del Partido la política de «borrón y cuenta nueva», de «reconciliación nacional», de «vía pacífica al socialismo» y el conjunto de las tesis revisionistas expuestas por Jruschov en el XX Congreso del PCUS. Igualmente, en el V Congreso, el PCE renunció a la lucha revolucionaria contra el imperialismo y por el socialismo. Como consecuencia de todo ello, la clase obrera y los pueblos de España se quedaron sin su vanguardia organizada y sin una dirección revolucionaria consecuente.

Agotadas todas las posibilidades de discusión con el equipo de dirección revisionista encabezado por Carrillo, se llegó a la constitución clandestina de grupos marxista-leninistas en el seno del mismo Partido. Estos salieron a la luz en 1963 y, después de múltiples contactos, convocaron una Conferencia de todos los grupos marxista-leninistas existentes para proceder a la reconstrucción del Partido Comunista de España (marxista-leninista) el 4 de octubre de 1964, lo que sería ratificado en el Pleno del 17 de diciembre de ese mismo año.

Desde su aparición el PCE (m-l) adoptó una política consecuente de lucha contra la dictadura, contra la reconciliación nacional y la vía pacífica al socialismo, y condenó vehementemente el jruschovismo y sus repercusiones en el Movimiento Comunista Internacional. Pese a la difícil situación y condiciones de la lucha contra la dictadura franquista, el PCE (m-l) organizó a sectores importantes de la clase obrera, populares y de la juventud obrera y estudiantil, participando y desarrollando importantes acciones revolucionarias de masas. Sobre esa base lanzó y organizó el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP) en 1971. El FRAP, a diferencia de lo que dicen algunas interpretaciones simplistas y folclóricas, no fue únicamente una organización de lucha armada, sino un verdadero frente amplio y coordinado para atacar al fascismo desde todos los aspectos de la sociedad, desde lo cultural hasta lo sindical pasando, lógicamente, por lo político. Tampoco fue, como se dice desde la derecha, un «grupo terrorista» pues en todo momento mantuvo clara su labor de

autodefensa del proletariado y las clases populares frente al fascismo. El carácter políticamente amplio y diverso de sus miembros, demuestran esta naturaleza.

En 1978 el Partido solicita su reconocimiento como organización legal, pero el Ministerio del Interior se negó constantemente a legalizarlo hasta que en 1981 el Tribunal Constitucional lo obligó a reconocer la legalidad del PCE (m-l).

En 1991, en momentos de reflujo importante de la movilización en el plano interno, rápida descomposición e implosión de los regímenes revisionistas, e intensa lucha en el Movimiento Comunista Internacional en el exterior, y aprovechando el bajo nivel ideológico de la mayoría de su dirección y su debilidad orgánica, un grupo de traidores liquidó el PCE (m-l). No obstante, se mantuvieron grupos de militantes dispersos que, junto a la incorporación de otros nuevos, surgidos de la lucha, permitieron afianzar un núcleo marxista-leninista desde el que reconstruir el Partido.

A partir del mismo momento de la traicionera disolución comienza la tarea de los camaradas honestos y fieles al marxismo-leninismo por reconstruir el PCE (m-l). En Madrid se crea la Organización Comunista Octubre (noviembre de 1991), que ocupó desde el primer momento un lugar de honor en la Conferencia Internacional de Partidos y Organizaciones Marxista-Leninistas (CIPOML) fundada en 1994. A partir de ahí, y mediante un largo proceso de acercamiento a otros grupos M-L en Castilla y León, País Valenciano, Cataluña, Euskadi... se llega a constituir el Comité Estatal de Organizaciones Comunistas (CEOC) en febrero de 2002 y, finalmente, en octubre de 2006, se reconstruye el Partido Comunista de España (marxista-leninista), una vez más encabezado por el camarada Raúl Marco.

2. Organización y tareas del Partido

(El siguiente texto es una adaptación del Tema II de las «*Notas para la escuela del partido*» preparadas por la camarada E. Odena entre mayo y junio de 1981 y recogidas en el segundo tomo de sus «*Escritos Políticos*». Los subrayados son nuestros.)

La organización y las tareas del Partido

Nuestras tareas generales en materia de organización son:

—**Ajustar el trabajo** de organización a las exigencias de la Línea Política del Partido.

—**Elevar la dirección** del trabajo de organización al nivel de dirección política.

—Conseguir que la dirección del trabajo de organización asegure por completo la **realización de las consignas y decisiones** del Partido.

Además de los principios generales determinados por los principios de organización del Partido, es preciso atenerse a las reglas y normas concretas que regulan su vida interior. Esto es de una gran importancia pues si no se concretan los principios

de organización éstos pueden ser interpretados de distinta manera.

Es necesario que los métodos de organización respondan a las necesidades de la lucha en cada fase; una organización que asegure la aplicación de nuestra Línea Política; una organización que se vaya depurando y corrigiendo sus defectos continuamente.

La falta de responsabilidad personal, de control sistemático de las tareas y el temor a la autocrítica es origen de grandes dificultades en el trabajo de organización del Partido. Esas dificultades no se pueden vencer con resoluciones y disposiciones «generales». Esas dificultades se vencen elevando el nivel del trabajo de organización al nivel de dirección política. *«Lo principal del trabajo de organización es la selección de hombres y mujeres y el control del cumplimiento de las decisiones adoptadas»* (Lenin) Con un buen control del cumplimiento de las decisiones adoptadas, los fallos y los errores serían en la mayoría de los casos evitados o menores.

Uno de nuestros fallos habituales es la falta de control sistemático y riguroso de la ejecución de las tareas. Para asegurar ese control es necesario, entre otras cosas, que todas las organizaciones del Partido (es decir todos los comités del Partido a los distintos niveles) eleven **informes periódicos** sobre su actividad. Asimismo la dirección central deberá comunicar regularmente a las organizaciones del Partido todo lo concerniente a su actividad. Sin ese control sistemático y riguroso de la ejecución de las tareas (acordadas en común y encomendadas por un órgano superior) nuestra organización de Partido nadará en el liberalismo, en la dejadez y desidia.

Asegurar el control de la ejecución de las tareas va ligado a redoblar nuestro sentido de la eficacia. El sentido de la eficacia está en la base del trabajo organizativo.

Sólo vinculando el sentido de la eficacia a la fidelidad, a los principios, se puede forjar un buen militante y un buen cuadro que combine la teoría con la práctica. De otro lado, **sólo con un riguroso y eficiente control de la ejecución de las tareas es posible acrecentar el sentido de responsabilidad de los camaradas.** Sin ese sentido de la responsabilidad no se puede implantar ni una cohesión monolítica ni una disciplina férrea ni una unidad de voluntad de todo el Partido, sino que se cae en el individualismo del obrar por cuenta propia.

Para que el control de las tareas cumpla sus fines son necesarias dos condiciones por lo menos: que el control sea sistemático y no episódico. Que el control del cumplimiento en todos los eslabones de las organizaciones del Partido esté dirigido por camaradas con suficiente autoridad, por los dirigentes mismos.

Las células y comités del Partido deben planificar sus tareas y fijarse objetivos concretos basados en las orientaciones políticas y en las tareas generales del Partido.

Las selecciones de cuadros y el control de las tareas ocupan uno de los lugares más importantes en el sistema marxista-leninista de la dirección del Partido. El mejor de los programas, la más certera de las líneas políticas, se quedarán sobre el papel

si no son apoyadas por el trabajo de organización. Ninguna dirección, ninguna decisión, obtendrá el efecto apetecido si no existen buenos cuadros para ejecutarlas, organizadores para realizarlas.

Los cuadros deben repartirse según las tareas que debemos realizar y de acuerdo con las aptitudes individuales de cada cual. Las diversas actividades necesitan aptitudes diferentes: a veces un militante inepto en tanto que organizador puede ser un excelente propagandista. El examen de las cualidades y de los defectos de cada militante permite colocar a cada cual en el puesto en el que sus aptitudes podrán desarrollarse y aplicarse mejor. Debemos conocer los cuadros; estudiar minuciosamente los méritos y defectos de cada uno de los militantes activos, saber en qué puesto pueden desarrollarse con mayor facilidad las aptitudes de cada militante.

Formar sólidamente los cuadros, ayudar a elevarse a cada uno de los militantes que progresan, no regatear el tiempo para educar pacientemente a estos militantes y acelerar su avance. **Promover continuamente cuadros nuevos, jóvenes, sin darles tiempo para enmohecerse en los viejos puestos.** Distribuir a los militantes en sus puestos de tal manera que cada uno sienta que ocupa el lugar que le corresponde, que cada militante pueda aportar a nuestra lucha el máximo.

La experiencia demuestra que **todo militante sirve para algo.** Hay que poner a trabajar y rendir a todo el mundo. Hay que aprender a conocer las aptitudes específicas de cada miembro del Partido, su capacidad intelectual y de trabajo, nivel político, sentido de la disciplina, cumplimiento del deber, entrega al Partido. Hay que aprender a observar en qué medida cada militante está atado por vínculos y preocupaciones familiares o de otra índole y hay que ayudar a que se supere estas ataduras. Cada militante debe estar en su puesto, allá donde pueda rendir. No se puede exigir de un militante mucho más de lo que pueda dar, como tampoco se pueden malgastar las capacidades de ninguno. Sólo mediante la selección de los militantes, mediante la colocación de cada uno en el puesto de combate para el que está capacitado es posible que la maquinaria del Partido marche a todo vapor.

La selección de cuadros está estrechamente ligada al control de la ejecución de las tareas. Cuando se designa a un militante para un puesto no se hace ciegamente ni es una misión para toda la vida. **El Partido controla sistemáticamente y regularmente a los militantes siguiendo sus actividades,** ayudándolos cuando lo necesitan, destituyéndolos cuando cometen serios errores en las cuestiones de principio. El control de la ejecución no consiste en un examen formal basándose en los informes sobre la ejecución de tal o cual tarea, sino en los **resultados del trabajo práctico** cuyo fin es la aplicación de las directivas del Partido. Un trabajo bien organizado con los cuadros y el control efectivo son las mejores garantías para obtener éxitos.

El principio rector de la estructura organizativa del Partido es el **centralismo democrático.** Este es uno de los puntos en los que se diferencia el Partido marxista-leninista de la clase obrera de los diversos tipos de partidos burgueses y pequeño burgueses, que se rigen por toda suerte de «principios» o que no se rigen propiamente por ninguno, dejando las labores del Partido a la buena de dios, con criterios oportunistas de componenda, etc.

Como en otros puntos también en este del centralismo democrático hay que hacer distinción entre verdaderos y falsos marxista-leninistas, verdadero y falso centralismo democrático. La burguesía ya no lucha contra el marxismo-leninismo únicamente con las armas de la violencia estatal, sino mediante la falsificación del marxismo, mediante el pseudo marxismo, el revisionismo en todas sus variantes en nuestra época.

¿En qué consiste el centralismo democrático? En el **ensamblamiento estrecho de la más rigurosa centralización con una democracia interna tan completa como lo permitan las circunstancias** en las que se desenvuelve el Partido. El centralismo significa la **supeditación de los órganos inferiores a los superiores**. La democracia significa la **supeditación de la minoría a la mayoría**. Así pues, estos dos principios no están en modo alguno reñidos, sino que por el contrario, son partes inseparables de un todo.

Pero en su aplicación pueden surgir ciertas contradicciones entre la democracia y el centralismo.

El centralismo se asegura mediante la **disciplina rigurosa**. La democracia se asegura mediante la electividad y la revocabilidad de los órganos superiores del Partido, mediante la **rendición de cuentas** de los órganos superiores ante la base y mediante la participación, por una u otra vía de todos los militantes en la elaboración de la política del Partido y de las decisiones más importantes.

El centralismo y la democracia deben ir unidos. Pero la manera de ensamblarlos debe ser diferente según las circunstancias (cuando los partidos gozan de la legalidad estable o están en el poder, consolidado) la electividad y revocabilidad de los órganos superiores puede realizarse más o menos completamente. En cambio, en condiciones de clandestinidad o semiclandestinidad, guerra civil, etc., es preciso ante todo asegurar la disciplina, y no es posible la elección de todos los órganos dirigentes. En esas condiciones es preciso asegurar la democracia interna por métodos que no descansen fundamentalmente en la electividad.

3. La disciplina

Una de las normas que lleva implícito el principio de la disciplina y el centralismo democrático es la **inexistencia de fracciones en el Partido**. En un Partido marxista-leninista no hay mayorías minoritarias organizadas. En eso consiste precisamente su cohesión monolítica. Todo militante puede mantener discrepancias con el conjunto del Partido en cuestiones de línea política o de actividad práctica, pero lo que no tiene derecho es a mantener un contacto con otros militantes que sean de su misma opinión al margen de los cauces orgánicos establecidos por el Partido, ni sacar sus discrepancias fuera del Partido.

Todo militante debe apoyar ante las masas la línea y actividad del Partido, debe batirse sobre las posiciones del Partido.

El caso más grave de fraccionalismo es el de los militantes que organizan una disciplina partidaria propia y por encima de la del Partido. Ello constituye uno de los

delitos más graves contra el Partido. Pero tampoco las formas menos graves de actividad fraccional pueden ser toleradas. Todas ellas constituyen una violación de los Estatutos y un comportamiento oportunista, que debe entrañar sanciones correspondientes a la gravedad de la falta.

La insistencia unilateral en el centralismo conduce al burocratismo. Las **deformaciones burocráticas** se manifiestan:

—En la rutina en el trabajo organizativo, en la falta de iniciativa y de crítica.

—En aplicar la disciplina de manera ciega y no consciente; aplicarla sin tratar de comprender las razones por las que se debe realizar una tarea, de pretender aplicar mecánicamente «los mejores» procedimientos organizativos a la realidad concreta.

—En no saber simplificar los métodos organizativos, creando o manteniendo trámites innecesarios.

—En no saber impulsar la crítica, la discusión y la iniciativa de la base, transformando a ésta en un mero brazo ejecutor de las decisiones de la dirección, sin tomar parte activa en la elaboración de la política del Partido.

La insistencia unilateral en la democracia, sin centralismo, lleva al ultrademocratismo. Según esta concepción cada decisión debe ser ampliamente discutida por la base, verificándose votaciones en cada caso, cual es la posición mayoritaria y los órganos dirigentes deben ser elegidos de abajo arriba, independientemente de las circunstancias y permanentemente revocables.

—El autonomismo o federalismo que pretende establecer un margen de derechos de las organizaciones del Partido en detrimento de los derechos de la dirección central, así como también el independentismo en relación con las organizaciones de masas.

—El anarquismo individualista, consiste en no someterse al fallo de la mayoría y de las decisiones de los órganos superiores erigiéndose uno mismo con su propia autoridad sin acatar la del Partido.

—El fraccionalismo, la falta de espíritu partidario, sustituyéndolo por el espíritu fraccional de círculo, el compadrazgo o incluso la conspiración contra la disciplina del Partido.

El burocratismo y el ultrademocratismo no sólo no son todo lo contrario el uno del otro, sino que son manifestaciones de una misma negación del centralismo democrático, de la rigurosa disciplina democrática consistente en la subordinación de la minoría a la mayoría. Incluso pueden coincidir parcialmente estas dos manifestaciones. Ambas caen en el formalismo, en el olvido del contenido y la preocupación exclusiva o preferente por las formas de tomar decisiones.

La burguesía es la clase dominante de la sociedad capitalista. Su concepción del mundo inspira todo el ambiente de esta sociedad. Su realidad como clase es inmediatamente evidente. Cuenta con todos los recursos en sus manos, con todos los medios de instrucción, de organización y de acción; no se halla embrutecida ni ago-

biada por sus ocupaciones. Por lo tanto su conciencia de clase se engendra de una manera «natural y espontánea» y no necesita una disciplina rígida para organizarse como clase, en circunstancias normales.

Todo lo contrario le ocurre a la clase obrera. Por ello, esta clase sólo puede organizarse si sabe implantar en las filas de su vanguardia militante (el Partido marxista-leninista) una **disciplina de hierro**; si esta vanguardia sabe llevar la dirección única de todas las organizaciones de clase y de las masas no organizadas.

La disciplina de hierro, la cohesión monolítica, son características peculiares de los partidos marxista-leninistas, que diferencian a estos partidos de los partidos revisionistas y socialdemócratas y de las agrupaciones políticas de la burguesía y de la pequeña burguesía.

La clase obrera está acostumbrada a esta disciplina, puesto que es similar a la disciplina de la organización fabril. En cambio los elementos pequeño burgueses e intelectuales que no han asimilado enteramente la concepción proletaria del mundo, no son capaces de soportar esta disciplina que se les antoja «cuartelaría» y asfixiante. Pues bien, precisamente el Partido es el Estado Mayor del ejército de los oprimidos y explotados y necesita una disciplina tan rígida como la disciplina militar (aunque cualitativamente distinta.)

Sólo un Partido que sabe imponer en sus propias filas una disciplina de hierro podrá dirigir a la clase obrera y a todo el pueblo a la revolución. Plantearse tan gigantesca tarea con un Partido formado necesariamente por una pequeña minoría de la clase obrera sin disciplina y unidad férreas es una tarea sin perspectivas de triunfo.

La disciplina implica el más riguroso centralismo y la negación del autonomismo, el federalismo y demás «principios» oportunistas que van en contra del centralismo democrático.

En el Partido debe haber «autonomía» de cada organización, pero esa autonomía relativa **no es un principio de dirección, sino un método de trabajo**. Es decir, que esa autonomía no limita los derechos de los órganos superiores del Partido, sino que consiste en el derecho y el deber de cada organización del Partido de desplegar la máxima iniciativa en el desempeño de sus tareas, dentro del cumplimiento de las instrucciones de los órganos superiores. La autonomía consiste, pues, en que al encomendar la ejecución de una tarea a una organización del Partido, el órgano superior debe conceder el margen necesario de iniciativa propia al órgano que recibe la directriz.

Pero incluso esa autonomía, que no es un principio de dirección, sino un método de trabajo, no debe ir tan lejos que impida o dificulte el control sistemático de la ejecución de las tareas encomendadas. Es misión de los órganos dirigentes del Partido saber combinar el control con el margen de iniciativa, de modo que no se caiga ni en el liberalismo ni en el ultracentralismo burocrático (el cual mata la iniciativa de los militantes y de los órganos inferiores) sin que ninguna organización del Partido pueda actuar a su buen saber y entender, o atribuirse a sí misma el margen de autonomía que entienda necesario.

La disciplina partidaria no debe ser una disciplina ciega. Es por eso por lo que no es una disciplina cuartelaria. **Nuestra disciplina es consciente**, está basada en el conocimiento de unos principios organizativos, en la comprensión de las razones ideológicas de esos principios y en la libre admisión de esa disciplina, puesto que el ingreso en el Partido es voluntario y **ese ingreso no puede realizarse sin conocer los Estatutos del Partido**. Nada más absurdo, pues, que calificar nuestra disciplina de «ciega».

El centralismo democrático en el Partido lleva implícito la libertad de examen y discusión de la política del mismo basada en la crítica y la autocrítica. Lenin señalaba la importancia de la crítica y la autocrítica y que éstas deben ser desarrolladas continuamente pues son armas que permiten descubrir y eliminar los defectos y errores.

La crítica y la autocrítica constituyen una de las reglas más importantes en la vida del Partido.

A veces se da o puede darse en ciertos escalones de dirección del Partido, que se trate de ahogar la crítica; de amordazarla; que se trate de impedir que los militantes ejerciten su derecho a «apelar ante los órganos superiores del Partido contra las medidas adoptadas por los inferiores que no considere justas» y a «dirigir preguntas y propuestas a cualquier instancia del Partido incluido el C.C., y exigir una respuesta concreta». En tales casos es deber de la dirección central del Partido sancionar rigurosamente a esos órganos directivos que amordacen la crítica y traten de restringir los derechos de los militantes.

En el problema de desarrollar la crítica debemos huir tanto de la tendencia al compadrazgo, a velar las faltas o no profundizar en su esclarecimiento, como de la tendencia a abultar los errores, a hacer «de una mosca un elefante», sobre todo si esta tendencia va ligada a la arbitrariedad y la discriminación.

Saber hacer una **crítica seria, serena, desapasionada, objetiva y mesurada** no es siempre fácil; puede haber una serie de obstáculos para ello. Por eso es necesario esforzarse por adquirir el hábito de la crítica racional de todos los defectos y errores, **independientemente de quiénes sean los camaradas u órganos que los cometan**. Esta capacidad para la crítica va ligada al desarrollo de las demás virtudes que debe tener un militante, principalmente el **anteponer los intereses del Partido a los intereses propios**, de familiares o amigos; de esta manera no caeremos ni en la animadversión ni en el compadrazgo.

Entendemos que la crítica debe servir para reforzar la disciplina consciente en las filas del Partido. Debemos partir del principio: **después de las discusiones y una vez adoptadas las decisiones correspondientes, se impone la unidad absoluta de acción.**

«Cada cual es libre de decir o escribir aquello que le parezca bien. Pero las asociaciones libres (el Partido incluido) es libre también de excluir aquellos de sus miembros que se aprovechan del nombre del Partido para propagar ideas antipartido... El Partido es la unión libremente consentida que se dislocaría inevitablemente, primero ideológicamente y luego materialmente, si no se depurara de los elementos que propagan ideas o concepciones antipartido.

Para establecer la demarcación entre lo que está de acuerdo con las concepciones del Partido y lo que no lo está, debemos referirnos siempre al programa del Partido, a sus resoluciones tácticas y a sus Estatutos". (Lenin.)

Naturalmente, todo militante es libre de exponer sus opiniones y tiene la obligación de hacerlo. Sin discusión y sin crítica es imposible el funcionamiento del centralismo democrático en el Partido. Pero también es verdad que **es miembro del Partido todo aquel que acepta su Línea Política y sus Estatutos**. El derecho a la crítica y a la discusión no implica el derecho a hacer sistemáticamente dentro del Partido la propaganda de ideas contrarias a los principios ideológicos, políticos y organizativos de nuestro Partido. Ese «derecho» llevaría a la total dispersión ideológica del Partido, a la ruptura de su cohesión.

Si en el Partido se ha introducido una persona cuyas concepciones no son marxista-leninistas y trata de difundirlas entre los demás militantes del Partido, se le debe prohibir que continúe esa propaganda, que es objetivamente una labor de zapa contra el Partido. Y si a pesar de la prohibición continúa su labor de zapa ideológica, deberán tomarse medidas disciplinarias para sancionar su acto de indisciplina, y si persiste en su actitud, expulsarle del Partido.

Una de las virtudes que todos debemos adquirir es la de «**saber aprender**»; saber asimilar la experiencia y comprenderla. Hacer un balance de ella es imprescindible para avanzar en la aplicación práctica de nuestra Línea Política. El mayor obstáculo que puede oponerse al saber asimilar las experiencias prácticas es la incapacidad de autocrítica.

Tenemos que fomentar constantemente la tendencia a saber autocriticarnos. Todos los militantes, y todos los órganos del Partido, pero muy especialmente sus dirigentes y sus órganos de dirección, deben apoderarse del arma de la autocrítica, deben aprender a descubrir y corregir sus errores.

Uno de los indicios de la madurez del militante es su capacidad para descubrir, reconocer y corregir sus propios errores.

4. La lucha ideológica

«Somos un pequeño grupo compacto. Seguimos una vía escabrosa y difícil, codo con codo. Estamos rodeados por todas partes de enemigos y nos vemos obligados a avanzar bajo sus disparos. Nos hemos unido en virtud de una decisión libremente consentida, precisamente para combatir al enemigo y no caer en el oportunismo de los que nos reprochan haber constituido un grupo aparte y preferir la vía de la lucha a la vía de la conciliación» (Lenin "¿Qué hacer?")

La experiencia del movimiento obrero en España y en todo el mundo demuestra que en las filas de los partidos revolucionarios de la clase obrera se manifiestan frecuentemente tendencias oportunistas, que son el reflejo de la influencia ideológica de la

burguesía. Los partidos proletarios luchan en medio de un ambiente dominado por la ideología de la clase gobernante: la burguesía capitalista. Por ello es inevitable que una parte de sus militantes se dejen influenciar por ese medio en el que campea la concepción burguesa del mundo. Además, a las filas del Partido proletario acuden elementos de otras clases sociales, pequeños burgueses en general, cuya mentalidad está aún en muchos puntos todavía bajo el dominio de la ideología burguesa. Por todo ello el Partido no puede liberarse de esos influjos ajenos a la ideología marxista-leninista y para vencerlos debe **desplegar una lucha ideológica interna contra la negación o tergiversación de los principios marxista-leninistas, y por la defensa de la unidad del Partido.**

La lucha interna y la lucha externa difieren entre sí, pero ambas son necesarias y tienen un carácter de clase (son formas de la lucha de clases.) Si nuestro Partido no llevara a cabo la lucha interna, si el Partido no combatiera constantemente todo tipo de ideología no proletaria y derrotara tanto al oportunismo de derecha como al de «izquierda» sucedería que esa ideología no proletaria y ese oportunismo tanto de derecha como de «izquierda» podrían ganar terreno dentro del Partido, influenciarlo y hasta llegar a dominarlo, transformando su táctica su estrategia y hasta su línea política.

La lucha interna en el Partido es una manifestación de la lucha de clases. Cuando hay una lucha interna en el Partido entre los principios marxista-leninistas y los oportunistas, esta lucha es, por su contenido de clase, una lucha entre el proletariado y la burguesía.

En principio, las contradicciones y luchas internas en el Partido, no son contradicciones antagónicas (contradicciones entre nosotros y el enemigo) sino contradicciones normales en el seno del pueblo. El método de superarlas es la crítica, la discusión ideológica y el centralismo democrático (supeditación de la minoría a la mayoría.) Pero si partiendo de una actitud ideológica equivocada, un miembro del Partido degenera en hasta posiciones reaccionarias, entonces la contradicción y la lucha cambia de carácter.

Conviene tener en cuenta esta posibilidad, pero no hay que exagerarla. En tanto que no se demuestre lo contrario, los camaradas que adoptan, por insuficiente asimilación del marxismo-leninismo, una actitud errónea u oportunista no son enemigos; es cierto que están bajo la influencia ideológica de la burguesía, pero ello no quiere decir que se haya convertido en un agente del enemigo de clase.

En cuestiones de principio, sin embargo, no hay término medio posible. Lo que queremos significar cuando hablamos de una «cuestión de principio» es el método que se emplea para resolver una determinada cuestión teórica o práctica, de acuerdo con los principios ideológicos generales, sometidos a su vez a las leyes generales que gobiernan el desarrollo de las cosas (materialismo dialéctico). Si nos equivocamos en cuanto a esas leyes generales, entonces no podremos por menos que cometer errores de principio, los cuales se traducirán inevitablemente en toda una serie de errores prácticos.

Cuando se discute la validez de un principio político o ideológico no puede haber

ninguna concesión. Las tendencias conciliadoras son manifestaciones de liberalismo, demuestran falta de vigilancia revolucionaria, y son contrarias a los principios políticos y organizativos del Partido.

5. La lucha interna

La lucha interna en el Partido es un mal necesario, pero es algo más que eso. La lucha interna se engendra por influencia ideológica burguesa y pequeñoburguesa, es cierto y por ello es un mal. Pero es erróneo pensar que la lucha interna no reporta al Partido ningún bien.

El bien que la lucha interna reporta al Partido no es solamente el bien de corregir y enderezar a los camaradas con posiciones oportunistas (o, si ello no es posible, desembarazarse de ellos.) Además de ese bien, que es el objetivo principal de la lucha interna contra el oportunismo, **la lucha interna enseña mucho a los militantes**. Les enseña a precisar, delimitar y formular mejor las posiciones correctas, a distinguir las tesis marxista-leninistas de las tesis oportunistas.

Todos los partidos marxista-leninistas se han desarrollado y han aprendido en la lucha contra el oportunismo de derecha y de «izquierda». Cada vez que una corriente oportunista es derrotada en las filas de un partido marxista-leninista, el partido sale fortalecido de esa lucha y de ese triunfo, la vigilancia revolucionaria de sus militantes resulta acrecentada, su capacidad política e ideológica ha aumentado.

El oportunismo consiste en anteponer ventajas temporales y parciales a los intereses generales del movimiento obrero y del Partido.

El **oportunismo de derecha** tiene entre otras cosas las siguientes manifestaciones:

- Hacer concesiones de principio para atraerse aliados
- Cejar la lucha o rebajar su nivel por miedo al enemigo;
- Arrastrarse a la zaga del grado de conciencia de las masas en vez de ir por delante de él.
- Exagerar la importancia de peculiaridades nacionales o regionales abandonando los principios generales.
- El liberalismo en materia de organización.

El **oportunismo de «izquierda»** tiene entre otras las siguientes características o manifestaciones:

- El criterio de «o todo o nada», no saber hacer las concesiones necesarias y los compromisos útiles que vayan en bien de la causa revolucionaria;
- No saber adaptar el marxismo-leninismo a las condiciones peculiares del país, a la realidad nacional, en no saber adaptar el nivel y las formas de lucha a las condiciones subjetivas de las masas;

-Adoptar criterios excesivamente rígidos y severos en materia de organización.

A lo largo de la Historia del movimiento obrero revolucionario, el oportunismo que ha hecho más estragos ha sido el oportunismo de derecha. Actualmente, tanto a escala mundial como nacional, el oportunismo de derecha en su forma de revisionismo es el peligro principal para el movimiento obrero.

6. Nuestra organización

El Partido Comunista de España (marxista-leninista) es el destacamento de vanguardia del proletariado en España y, a la vez, destacamento del movimiento comunista internacional. Para cumplir su misión de conducir al proletariado a la conquista del poder político, la instauración de la dictadura del proletariado y la construcción del socialismo y el comunismo, nuestro Partido se dota de una estructura que permita la aplicación de su Programa y Línea Política, así como el ejercicio de la dirección colectiva, la disciplina autoimpuesta, el Centralismo Democrático y la crítica y la autocrítica que caracterizan al marxismo-leninismo.

El órgano superior del Partido es el **Congreso**, en el que puede y debe participar toda la militancia directamente o a través de representantes. El Congreso discute el informe del Comité Central saliente, determina la Línea Política, el Programa y los Estatutos, elige al siguiente Comité Central y ratifica al Comité Ejecutivo y al Secretariado.

En el periodo entre Congresos la dirección del Partido recae en el **Comité Central**, quien aplica y adapta las resoluciones aprobadas en el Congreso. Para ello, el C. C. convocará al menos 2 reuniones al año. Entre las responsabilidades del C. Central está elegir al Comité Ejecutivo (que debe ser ratificado por el Congreso).

El **Comité Ejecutivo** es el encargado de dirigir la labor del Partido entre plenos del C. Central, con su misma autoridad; distribuye y organiza a los cuadros del Partido y puede crear nuevos organismos. El Ejecutivo escoge entre sus miembros al Secretariado del Partido que deberán ser ratificados por el Pleno del Comité Central y por el Congreso. También elige a los miembros del Comité de Redacción de Octubre de entre los miembros del C. Central y el propio Ejecutivo.

El **Secretariado** es el órgano superior permanente, encargado de asegurar las decisiones de los plenos del C. Central y del C. Ejecutivo, convocar las reuniones del Ejecutivo y representar al Partido ante los partidos hermanos directamente o a través de los camaradas que estime oportuno.

Además de los órganos superiores, el Partido cuenta con **Comités regionales y de nacionalidad**, comarcales, de célula, etc., encargados de aplicar la política del Partido en los respectivos territorios adecuándola a las características y problemáticas correspondientes.

La **célula** es el órgano básico y primordial de funcionamiento del Partido. No puede constituirse con menos de 3 miembros y deberá contar bien con un Comité de

Célula, si lo permite el número de militantes, o bien un Responsable de Célula. Las células asumen su responsabilidad tanto ante los órganos superiores como ante las masas trabajadoras del entorno en el que funcionan, ya que es a través del contacto estrecho con la célula como éstas conocen al Partido. Por eso es tan importante el correcto funcionamiento de nuestras células en el ámbito laboral, territorial o de estudio, así como en los frentes de masas donde trabajamos codo a codo con las clases populares.

Todas las estructuras y organizaciones del Partido se rigen por el principio del **Centralismo-Democrático**, es decir:

1) El carácter electivo de sus órganos de dirección (Central, Ejecutivo y Secretariado), y la combinación de elección y promoción para el resto de órganos, de acuerdo a las situaciones concretas de cada momento.

2) Subordinación de la minoría a la mayoría en caso de no alcanzar un acuerdo unánime. Esto no excluye el derecho de argumentación, de crítica y de replantear, en el momento y lugar adecuados, los acuerdos según los resultados obtenidos.

3) En relación al punto anterior, se exige el cumplimiento por parte de los órganos inferiores de las decisiones adoptadas por los órganos superiores.

4) Exigir implacablemente una dirección colectiva y una responsabilidad individual para todos los camaradas y órganos sin excepción.

Para garantizar la aplicación del centralismo-democrático, los organismos superiores del Partido convocarán periódicamente reuniones ampliadas de los comités de célula, regional, comarcal... donde puedan participar los máximos camaradas bajo su dirección.

La **Juventud Comunista de España (marxista-leninista)** es la organización juvenil del Partido, responsable de desarrollar la política del PCE (m-l) hacia la juventud y de forjar los nuevos cuadros del mismo. Es responsabilidad de los comités de dirección del Partido el desarrollo, fortalecimiento y buen funcionamiento propio de las organizaciones de la JCE (m-l) en su ámbito territorial, así como su dirección política e ideológica. Para ello, en todos los Comités debe haber un responsable del trabajo del Partido hacia la juventud que deberá ser, en lo posible, miembro de la Juventud, además de que el Secretariado organice reuniones con la dirección de la JCE (m-l) al menos dos veces al año.

En sus Estatutos, aprobados recientemente, se especifica que la JCE (m-l) «*Posee una vida, metodología y formas de trabajo propias, bajo el amparo ideológico y político del PCE (m-l), haciendo suyas la Línea Política y el Programa del Partido, los cuales defiende, difunde y aplica siguiendo la base teórica del marxismo-leninismo*». Es decir, la JCE (m-l) es autónoma (no independiente) respecto al partido excepto en la dirección ideológica y política, expresada en la comunicación permanente, la formación y la coordinación entre Partido y Juventud.

El **Congreso de la Juventud** es el órgano supremo de la JCE (m-l), es convocado

por el **Comité Estatal**, quien asume sus responsabilidades en el periodo entre congresos. Este comité también tiene potestad para convocar conferencias de la juventud, así como comisiones permanentes y grupos de trabajo donde podrán participar tanto camaradas de la Jota como simpatizantes.

Las reuniones del Comité Estatal las convoca el **Comité Permanente** (elegido por el Comité Estatal y ratificado por el Congreso) y siempre contará con responsables político, organizativo, de propaganda-redes, finanzas e internacional (pudiendo crear otras responsabilidades informando previamente al Estatal). Para llevar a cabo su tarea, los miembros del Comité Permanente estarán en contacto con los **comités regionales** que a su vez son los que controlan y dirigen la actividad de las **células** de su territorio.

7. Línea política, programa y estatutos

La Línea Política resume la visión general de la historia del proletariado desde la perspectiva de nuestro Partido en base al materialismo histórico y los principios del marxismo-leninismo. Conocerla en profundidad, estudiarla y utilizarla habitualmente como herramienta de trabajo político nos facilita la tarea de entender las actuales relaciones políticas, económicas y sociales a la luz de todo su desarrollo histórico anterior y nuestro método de análisis.

El Programa del Partido marca la dirección de nuestro trabajo cotidiano y es la síntesis de los objetivos generales que aspiramos alcanzar con nuestra actividad política. Actualmente se resume en tres puntos: República Popular y Federativa, instauración del poder popular con plena independencia nacional, y máximo desarrollo de las conquistas sociales de las clases populares en general y del proletariado en particular.

Tanto la Línea Política como el Programa del Partido deben ser materiales habituales de trabajo para nuestra militancia, especialmente en el caso de la Juventud, para desarrollar todo el potencial de nuestra actividad política diaria.

Los Estatutos son el documento más importante de la organización. En ellos queda recogida toda la estructura organizativa y de dirección del Partido, las vías y canales de comunicación, las fuentes de la autoridad voluntariamente asumida y los procesos legítimos de actuación ante cada situación de la militancia cotidiana (ingreso a la organización, derechos, obligaciones, régimen disciplinario, etc.). El respeto y la aplicación de los estatutos nos diferencian de otro tipo de organizaciones no solo por su contenido ideológico, sino también por la disciplina necesaria para hacerlo. Por tanto, es de importancia capital no solo cumplir con sus artículos, sino también velar para que nadie, ni individual ni colectivamente, atente contra ellos con sus actos.

En ese sentido, Lenin señalaba en su obra *«Un paso adelante, dos pasos atrás»* el salto cualitativo que supuso para el movimiento comunista ruso la adopción de unos estatutos centrales que sustituyesen a la actitud informal y relajada de los antiguos círculos marxistas (independientes y autónomos unos de otros), que algunos socialdemócratas rusos trataban de mantener frente a la organización centralizada y disciplinada del Partido:

«La organización del Partido se le antoja [al militante de ideología pequeñoburguesa] una “fábrica” monstruosa; la sumisión de la parte al todo y de la minoría a la mayoría le parece un “avasallamiento; la división del trabajo bajo la dirección de un organismo central hace proferir alaridos tragicómicos contra la transformación de los hombres en “ruedas y tornillos” de un mecanismo, la mención de los estatutos de organización del Partido suscita en él un gesto de desprecio y la desdeñosa observación (dirigida a los “formalistas”) de que se podría vivir sin estatutos.

[...] ¿Por qué no necesitábamos antes los estatutos? Porque el Partido se componía de círculos aislados, no enlazados entre sí por ningún nexo orgánico. El pasar de un círculo a otro era simplemente cuestión de la “buena voluntad” de este o el otro individuo, que no tenía ante sí ninguna expresión netamente definida de la voluntad del todo. Las cuestiones en litigio, en el seno de los círculos, no se resolvían según unos estatutos, “sino luchando y amenazando con marcharse”. [...] En la época de los círculos, tal fenómeno era natural e inevitable, pero a nadie se le ocurría elogiarlo ni hacer de ello un ideal: todos se quejaban de semejante dispersión, todo el mundo sufría a causa de ella y ansiaba la fusión de los círculos dispersos en una organización de partido con una forma definida. Y ahora, cuando esta fusión ha tenido lugar, se nos arrastra hacia atrás, se nos sirve, como si fueran principios superiores de organización, ¡la fraseología anarquista!

El anarquismo señorial no comprende que hacen falta unos estatutos formales precisamente para sustituir el estrecho nexo de los círculos con un amplio nexo del Partido. No se precisaba ni era posible revestir de una forma definida el nexo existente en el interior de un círculo, o entre los círculos, porque dicho nexo estaba basado en un compadrazgo o en una “confianza” incontrolada y no motivada. El nexo del Partido no puede ni debe descansar ni en el uno ni en la otra; es indispensable basarlo precisamente en unos estatutos formales, redactados “burocráticamente” (desde el punto de vista del intelectual relajado), y cuya estricta observancia es lo único que nos garantiza de la arbitrariedad y de los caprichos de los círculos, del régimen de querellas instituido en los círculos y calificado de libre “proceso” de la lucha ideológica.

[...] Cuando yo era sólo miembro de un círculo, del grupo de los seis redactores, o de la organización de Iskra, tenía derecho a justificar, por ejemplo, mi negativa a trabajar con X, alegando sólo la falta de confianza, sin tener que dar explicaciones ni motivos. Una vez miembro del Partido, no tengo derecho a invocar sólo una vaga falta de confianza, porque ello equivaldría a abrir de par en par las puertas a todas las extravagancias y a todas las arbitrariedades de los antiguos círculos; estoy obligado a motivar mi “confianza” o mi “desconfianza” con un argumento formal, es decir, a referirme a esta o a la otra disposición formalmente fijada de nuestro programa, de nuestra táctica, de nuestros estatutos; estoy obligado a no limitarme a un “tengo confianza” o “no tengo confianza” sin más control, antes bien reconocer que debo responder

de mis decisiones, como en general toda parte integrante del Partido debe responder de las suyas ante el conjunto del mismo; estoy obligado a seguir la vía formalmente prescrita para expresar mi “desconfianza”, para imponer las ideas y los deseos que emanan de esta desconfianza. Nos hemos elevado ya de la “confianza” incontrolada, propia de los círculos, al punto de vista de un partido, que exige la observación de procedimientos controlados y formalmente determinados para expresar y comprobar la confianza» (Lenin. Un paso adelante, dos pasos atrás. 1904)

El necesario espíritu de camaradería que debe reinar entre la militancia no debe confundirse con el «compadrazgo» y las confianzas «incontroladas» que mencionaba Lenin, sino en la seguridad de que el camarada que trabaja a nuestro lado comparte con nosotros el respeto a las mismas normas, a la misma organización y a la misma disciplina libremente asumida que nosotros mismos, bajo el nexo común de la ideología marxista-leninista. Sin esa seguridad, por el contrario, la confianza solo puede basarse en cuestiones subjetivas, personales e individualistas, que socavan el principio colectivo de la organización y lo sustituyen por el fraccionalismo, la indisciplina y el anarquismo.

8. Conclusión

El marxismo-leninismo es una ideología viva, que trabaja en cada momento histórico adaptándose a las circunstancias en las que se encuentra el proletariado y el resto de las clases populares respecto a la lucha de clases. Hoy, esas circunstancias nos imponen unas formas de trabajo y organización concretas que debemos saber explotar al máximo para obtener los mejores resultados para nuestra clase; para impulsarla en el camino ascendente de clase oprimida a clase dirigente de la sociedad.

En ese camino, nuestra clase se ha dotado históricamente del Partido como herramienta de organización de sus tareas revolucionarias. Mantenerlo, mejorarlo y adaptarlo a las circunstancias es una tarea fundamental del proletariado consciente y organizado de cada época, sin olvidar que el Partido, como herramienta de la lucha de clases que es, no es el fin sino el medio de nuestros objetivos. *«El Partido es un instrumento de la dictadura del proletariado. Pero de esto se deduce que, con la desaparición de las clases, con la extinción de la dictadura del proletariado, deberá desaparecer también el Partido»* (Stalin, Fundamentos del leninismo)

Nuestro Partido, el Partido Comunista de España marxista-leninista, es un ejemplo de esa vitalidad y adaptación. Mientras fue posible, nuestra militancia mantuvo la mayor fidelidad y disciplina bajo las siglas del antiguo PCE; más tarde, no dudó en romper con el revisionismo dominante en aquellas y emprender sus tareas por separado. Durante décadas se ha mantenido firme en sus principios, avanzando cuando ha sido posible, y sabiendo replegarse cuando las circunstancias así lo han forzado. Hoy, sigue manteniendo en alto la bandera roja de la revolución, del socialismo y del marxismo-leninismo contra viento y marea, y representa, con su mera existencia, la confianza en que la revolución proletaria volverá a ser una realidad más pronto que tarde.

En nuestras manos está el que así sea.





Ediciones ★
Octubre
Por los Comunes de España y el extranjero